



# ALARMA

F.O.R.

N° 22

PROLETARIOS DE TODOS LOS PAISES, UNIOS  
SUPRIMID EJERCITOS, POLICIAS,  
PRODUCCION DE GUERRA, FRONTERAS, TRABAJO ASALARIADO

75 PTS.

## EDITORIAL

### ¡ FUERA LA QUINTA COLUMNA DE LAS FILAS PROLETARIAS !

En contraste con la situación presente, y sin remontarnos a los años anteriores a la dictadura del "Caballero de Cristo", ¿ en que momento la multitud humana que crea toda la riqueza ha representado una fuerza propia, en marcha hacia su objetivo, una fuerza respetada y temida por sus enemigos ? El recuerdo esta todavia cercano : en años anteriores a la muerte del sanguinario sujeto, y tambien en los posteriores. Despues, la pasividad, la renuncia, el sometimiento han ido cundiendo en toda la clase. Enísimas e inequívocas confirmación de que el proletariado, o bien es revolucionario, o bien no es nada (Marx). Se convierte entonces, por un tiempo de duración incógnita, en una plasta humana a canalizar y estrujar a voluntad, por sus explotadores directos e indirectos.

Mas todo, y en particular eso, tiene una causa discernible. La del abatimiento que estamos padeciendo es fácil y muy aleccionador ponerla en evidencia. Pero antes de hacerlo aquí y para que nuestro razonamiento sea más convincente, conviene echar un vistazo a lo que respecto al asunto nos dicen otros. Para muchos, la pasividad del proletariado, lo mismo en España que en el área internacional, débese a la prosperidad del capitalismo desde los años 50 acá. Es también lo que sirve de apoyo a no pocos, para hablar todavía de un aburguesamiento de los trabajadores, que suprimiría en ellos toda pulsión revolucionaria. Tampoco faltan quienes estiman que el capitalismo aún no ha dado de sí su máximo y que por lo tanto la hora de su desaparición está por sonar. En fin, porque en esto, como en la viña del señor de todo hay, existen incluso quienes se salen por peteneras con un simplismo y un desparpajo de sacamuelas. Según su decir, lo que pasa es que el proletariado no puede, ni sabe, ni quiere hacer la revolución. Lejos de portar en sí la necesidad del comunismo, es una clase adherida al capital, dentro de la cual cada uno de sus componentes no tiene otra mira ni interés que conservar el puesto de trabajo, a lo sumo cobrar mejor salario, en manera alguna suprimir el salarato en

cuanto sistema de trabajo y consumo para la mayoría. Así enjaretado es lógica de Perogrullo. Resulta, en efecto, necio esperar comportamiento revolucionario de quienes, clase, partido o individuo no lo son.

Nosotros nos inscribimos terminantemente contra unos y otros. Sus interpretaciones no contienen pizca de verdad. Son aire, pomporitas de jabón con más de común que de diferente entre ellas. La prosperidad del capitalismo desde mediados del siglo no ha ido de conserva con un desarrollo del sistema social existente ; es mero crecimiento de las fuerzas productivas, que redundan en perjuicio del desarrollo social en proporción a él. Se trata, por el contrario, de un quiebro involutivo, decadente, degenerativo. Por lo tanto, no puede haber causado la a-tonía actual. E importante sobremanera, es que el crecimiento provenga, no de sana lozanía del sistema, cual ocurría en otra época, sino del fracaso de numerosas tentativas revolucionarias anteriores a él. Es el por qué de esas derrotas lo que debe ponerse en claro. Han dado al capitalismo una prolongación de vida y sobreabundante riqueza. Ahora bien, la causa está siempre situada, en el tiempo, antes que el efecto, aunque a las veces no se descubra la primera sino cuando el segundo ha tomado cuerpo.

Caso de haber triunfado la revolución social en uno o varios países, la rebelión proletaria es evidente - hubiese ganado fuerza y extensión en el restante capitalismo. Entonces habría fallado el encuadramiento manso de la clase explotada, condición ante todas primordial para la acumulación ampliada característica del sistema. Invertir los términos presentando el efecto como causa y la causa como efecto, embarulla el pensamiento y lo castra de fuerza transformadora, revolucionaria. Se sigue que hablar de un aburguesamiento de la clase trabajadora es dar prueba de una ignorancia supina, pues no puede darse aburguesamiento alguno sin disfrute de plusvalía, es decir de la explotación. Con lo anterior queda también contradicho aquello de

F.º P. 3772



que todavía no ha llegado la hora de suprimir el sistema. No tendrían entonces sentido ninguna de las grandes tentativas de acabar con él habidas a partir de la primera guerra mundial, sin mencionar otros factores que nos meten por las narices el tasto maloliente de la actual podredumbre capitalista.

La pomporita de jabón última se disipa sin dejar rastro al primer argumento. A notar que la semblanza mental de sus parciales, más bien que la de revolucionarios equivocados o no, es la de arbitristas moda siglo XVII. Como éstos, aquellos lucubran soluciones y arbitran medios sacados de su propio magín, al tuntuñ de su buen querer y entender, pero desentendiéndose de la constante más sólida del movimiento revolucionario desde que existe. Recapacítense que si no existiese una clase social que se viese impelida históricamente, a destrozar el yugo que la unce al capital, nunca habrían salido a la palestra ideas, organizaciones e individuos revolucionarios. Ni aun siquiera existirían nuestros deslavazados inventistas, que son de hecho engendro cansino de una sucesión de fracasos incomprensibles. Y qué venturosa solución columbran? El comunismo, lo mismísimo que apareció en la cancha varias veces secular de la lucha inter-clases, como exigencia desalienante de la clase asalariada, y en su rastro de la sociedad mundial. A contrasentido, los actuales arbitristas aseguran que eso no se alcanzará mediante la rebelión del proletariado, incapaz de ello por que parte integrante del capitalismo. A la meta se llegará pues gracias a un buen acomodo superclases de todas las personas de buena voluntad. Y la fuerza de choque que dará el ejemplo actuante serán los marginados de todo pelo. En suma, es una especie de comunión universal del género humano que sugiere el reino de los cielos

Los referidos explicantes de la pasividad actual del proletariado tienen de común no haber colegido, ni por asomo, la principal causa de ella, aunque varias veces reiterada en importante escala. Por lo mismo, les es también común no comprender la condición indispensable a una nueva oleada revolucionaria internacional. Resumiendo al máximo, el saldo negativo de la lucha mundial no es debido al capitalismo, ni a la burguesía, ni a sus Estados nacionales. Unos y otros estarían enterrados bajo siete suelos de no haber acorrido en socorro suyo un elemento reaccionario nuevo, procedente del seno mismo de la clase obrera, cuya actuación corruptora y traicionera continúa operando hoy. Lo constituyen partidos llamados comunistas, socialistas u obreros, más los sindicatos manejados por unos u otros. Allí mismo donde los organismos referidos no tienen el dominio político-sindical del proletariado, han dejado vía libre y ayudado a otros cancerberos: sindicatos ingleses, americanos, nipones, de países musulmanes, de población negra, etc. Y bien, son ellos los que han apuñalado por la espalda al proletariado doquier ha habido lucha revolucionaria. Ahora bien, lo que acontece en cualquier parte del Globo terrestre, sea positivo o negativo, repercute en la clase explotada mundial. Ahí se encuentra la clave de la modorrosa situación actual, y, sa-

cando conclusiones acertadas también de lo requerido en ideas y actuación, para ir saliendo del atolladero que amenaza engullirnos.

Refirámonos al caso de España, el más cargado de significación entre los muchos habidos. Ya la sangrienta dictadura de Franco sobrevino, no por mérito alguno de éste, siquiera militar, sino porque en la zona Roja la revolución fué alevosamente destruída por el frente popular que el partido de Moscú capitaneaba. Exangüe el proletariado durante decenios, al volver a la liza se ve otra vez encuadrado por los mismos que le entregaron a Franco. No obstante, se batió denodadamente, incluso enfrentándose instintivamente a los organismos sindicales y políticos que lo cusdiaban. Al fin se impusieron dichos organismos, y la parálisis ha vuelto a aparecer en la clase. Balance general: ayer la dictadura retenía en la explotación mediante los sindicatos verticales y cuando no bastaban a palos y tiros; hoy hacen lo mismo los sindicatos dichos democráticos, en consenso con el capital y el Estado, sin que falten tampoco palos y tiros a cada desborde combativo de los trabajadores. Las cosas no han ido mejor en otros países y continentes. Como en España, los de la misma filiación han machacado combates cuya única salida positiva era la revolución. Por añadidura, han inducido a luchar por causas reaccionarias sólo ventajosas para un imperialismo u otro, lo que ha repercutido en el proletariado de cualquier parte minando su combatividad y desorientándolo en cuanto a ideas. Esa y ninguna otra es la causa de la postración actual de la clase trabajadora, en España y donde quiera.

Examinando con todo rigor el saldo varias veces negativo impuesto por los organismos político-sindicales dichos, se desprende la siguiente conclusión: han actuado, no como amigos, sino como enemigos hipócritas de los oprimidos en general, como parte integrante del sistema explotador. En un momento de gran peligro para la revolución, en 1936, el general Queipo de Llano chuleaba desde radio-Sevilla: "cuatro columnas militares marchan sobre Madrid, pero la que será decisiva es una quinta columna que esta dentro de Madrid mismo". Esa, si existía, no se movió en ningún momento. En cambio, sí que intervino otra quinta Columna, más páfida y destructora, porque, disfrazada de comunista, socialista, antifascista, operaba en el seno mismo de los trabajadores y en toda la retaguardia, directamente contra la revolución. Es ella, sin la menor exageración, la que puso la victoria al alcance de Franco; ella es, también, la que, durante la guerra imperialista y después, cortó todas las tentativas de resurgimiento combativo, hasta meter el proletariado internacional en el atascadero actual. Y elle otra vez, la que desbarató el soberbio impulso de la clase obrera en España, todavía reciente, hasta dejarla, inerme y asqueada, a los piés de los representantes del capital, y a los suyos propios, a la vista está.

Buscar otra causa que esa a la desmoralización que vivimos, es por completo falso, redun-



da agravándola, y lo que es peor, dificulta al máximo la vuelta a la lucha en mejores condiciones. Por eso nosotros hacemos y haremos sin tregua llamamiento a los trabajadores, en particular a los revolucionarios, a sumarse a nosotros para dar chasco esta vez a dicha quinta columna. Mientras no se logre eso, las más valerosas luchas venideras se saldarán otra vez en favor de los explotadores.

Existe un denominador común entre el partido de Felipe González -- con o sin su rey -- el partido de Carrillo --con o sin sus legata-

rios y éstos sin él -- un Camacho y los sindicatos, sean los que sean, y por otro lado cualquier Fraga, inclusive cualquier Tejero actual o futuro. El denominador común no es otro que la sociedad capitalista, a la cual pertenecen los nombrados. Es lo que a los primeros confiere su calidad de quinta columna en el seno del proletariado. Organizarse contra ella es la única forma de prepararse para la revolución social.

Marzo 1986

F.O.R.

## LUCHA DE CLASES, DESPIDOS, PARO

Todo el mundo habla de la crisis económica; unos para hacernos tragar la modernización, solución de un futuro de felicidad y de pleno empleo, otros para mostrarnos que es irremediable y, por ende, generadora de una alza de las luchas, las cuales añadidas a la vanguardia consciente, permitirán la marejada revolucionaria. Unos piensan que la crisis, a pesar de los malos momentos que procura, ayuda a relanzar el crecimiento (el famoso "viva la crisis" de Yves Montand) los otros, que es una condi-

ción necesaria, y por consecuencia, objetiva para que se desencadene la revolución (el famoso pero menos conocido "saludos a la crisis" del grupo "Revolución Internacional".)

De hecho, no existe crisis de sobreproducción generalizada hoy en día, aunque potencialmente sea posible, al igual que la revolución, con o sin crisis.

No se trata en este artículo, de dar una definición de la crisis de sobreproducción (en realidad de subconsumo) puesto que repetiríamos lo ya escrito por Marx. Pero si queremos tratar el problema de la lucha de clases hoy en día y del papel del paro obrero. Para entender mejor nuestro propósito, es menester emplazar la situación actual en su contexto histórico, es decir, que en vez de examinar con lupa las curvas de crecimiento, de productividad, etc., nos parece más pertinente y más justo partir de las paradojas que terminan, todavía más hoy que ayer, la tradición principal del capitalismo mundial: el antagonismo entre el capital y el trabajo. Nuestra principal base económica para estimar la situación política mundial no son las dificultades del capitalismo, ni el paro obrero, ni las perspectivas de reajuste técnico, menos aún la pretendida "crisis de sobreproducción". Todo eso sería economismo, es decir, maneras de plegarse a la lógica y a la contaminación cerebral que nos quiere imponer el capitalismo. Nuestra base económica es mucho más amplia, la única compatible con la concepción materialista y dialéctica de la historia. El capitalismo como sistema social, independientemente del funcionamiento intrínseco de su economía (crecimiento, reconversión o crisis) ha creado con creces las condiciones necesarias para ser arrasado por la clase pro-



Ellos os darán empleo



letaria sobre la cual se mantiene. El problema principal de hoy es el enorme desajuste entre lo dado como posible objetivamente, y la mísera condición subjetiva general: es la ausencia o la ignorancia de un pensar teórico revolucionario.

"Cuando se habla de ideas que revolucionan una sociedad entera, se enuncia solamente el hecho que, en el seno de la vieja sociedad, los elementos de una nueva sociedad se han formado y la disolución de las viejas ideas va a la par con la disolución de las antiguas condiciones de existencia."

(manifiesto del partido comunista 1847)

Los elementos de una nueva sociedad han aparecido hace tiempo porque existían ya las condiciones históricas de su aparición, y desde el siglo XIX el proletariado ha mostrado muchas veces que era portador de "la disolución de las antiguas condiciones de existencia" y, por ende, de la transformación radical de la sociedad. La historia moderna de la lucha de clases alterna entre victorias (en el sentido de la afirmación de la independencia de la clase) y derrotas que producen períodos más o menos largos de apatía en la clase históricamente revolucionaria. La desorientación actual, por no decir la pasividad de nuestra clase en muchos casos, es debida al inmenso impacto contrarrevolucionario extendido desde Moscú por la fuerza de las armas o de la propaganda falaz positivada por la extracción de plusvalía, la explotación, el sudor y la sangre del proletariado en Rusia. El arranque de un movimiento internacionalista iniciado en Rusia tuvo repercusiones netamente revolucionarias hasta 1937 en España cuando la revolución había sido masacrada ya en Rusia; y es esta última la que destrozó con las armas en las manos el movimiento revolucionario en España entregando el poder a Franco. La famosa crisis económica mundial de 1929-34, a pesar de sus efectos tan adulados por cantidad de revolucionarios hoy, no invirtió la corriente y por lo contrario facilitó el aplastamiento del proletariado a escala mundial. En esta situación de crisis económica el obrero buscaba pitanza y trabajo a cualquier precio, y muchos por ejemplo, reforzaron los SA nazis en Alemania. El desajuste enorme entre las posibilidades objetivas de una sociedad desembarazada de fronteras y de clases sociales y el estado actual de la conciencia revolucionaria de clase no es debido directamente ni a la crisis económi-

ca de 1929, ni tampoco en sí al gigantesco crecimiento de las fuerzas productivas tras la segunda guerra mundial, pero sí a lo que hemos escrito de forma sucinta más arriba en el texto.

Terminada la aclaración, y volveremos a insistir sobre este tema en nuestras futuras publicaciones, podemos abordar ahora el problema de la lucha de clases y del paro. En el mismo manifiesto que citábamos al principio se dice: "el resultado verdadero de su lucha (la de los proletarios NDR) es más la unión creciente de los trabajadores que el éxito inmediato." Reafirmamos esta idea emitida en 1948 pero hay que tener en cuenta los cambios que han surgido en el sistema capitalista de dominación. Pues, desde entonces, organismos como son principalmente los sindicatos, se convirtieron por su naturaleza intrínseca en órganos de regulación capitalista y en la principal fuerza policíaca en la clase, la cual para consolidar su unión creciente tiene, y tendrá que machacarnos cada día más. La independencia de clase y, por consiguiente, la revolución social se materializará pasando por encima de su cadáver. Pero el sindicalismo no impide la unión creciente únicamente a través de su dirigismo burocrático, cosa que los lacayos del stalinismo llamados trotskistas podrían reconocer. Pues la forma burocrática es en sí misma, el resultado de un contenido específicamente capitalista. Las reivindicaciones sindicales forman parte de la programación capitalista; una reducción de las horas de trabajo va compaginada con un aumento de la explotación, un alza de salarios con un alza de precios etc. Las "reivindicaciones" sindicales tienen como objetivo esconder o permitir un aumento de la explotación y la continuación de la pauperización relativa (e incluso absoluta" para los sectores caducos para la economía capitalista) del proletariado. Eso no impide que el sindicato, acorralado por la radicalización de la clase pueda recoger algunas de sus consignas para confundirla mejor, al igual que el capitalismo está dispuesto a hacer concesiones para volver a tomar las riendas de la situación y, al fin y al cabo, aplastar al proletariado. De forma general, el sindicalismo como aparato o con la mentalidad que ha inculcado a los obreros, nos impone, en nombre del inmediatismo y de la lucha reivindicativa, su realismo capitalista, con todas las luchas ridículas y las negociaciones que ello conlleva. Lo que afecta al



capitalismo desde lo alto de la dictadura que impone a la sociedad, son interlocutores tan responsables como él mismo ante el asalariado que lo alimenta. Lo que no afecta o que tiene a veces que tragarse con miedo, es la lucha del proletariado como clase antagónica que se levanta frente a sus intereses.

Por otro lado, si bien es cierto que para el proletariado en su conjunto la lucha cotidiana es "la escuela de guerra del comunismo" en tanto que revolucionarios producto y factor activo a la vez, no podemos defender acciones que dividen a nuestra clase o/y que fortalecen a nuestro enemigo en nombre del muy célebre adagio "no separarse de la masa", pues de hecho, es el capitalismo quien nos separa de ella ayudado por todos sus partidos dichos "obreros" y por sus sindicatos, y esto con el inmenso ajuar de medios de que dispone; desde la calumnia más cínica hasta los comandos de los bonzos sindicales.

¿Qué pasa hoy concretamente? La conversión industrial ligada a las necesidades de la acumulación amplia del capital se desembaraza de sectores caducos al no ser rentables, lo que provoca un aumento del ejército de reserva que constituyen los parados. Por otro lado, a pesar de las dificultades de esta tarea, el capital sigue acumulándose. Hay acumulación de riqueza en un polo y acumulación de miseria relativa o absoluta en otro polo, de la misma forma que la existencia de países ricos implica la existencia de países pobres. La tensión social que resulta de esta situación específica (reconversión) del capital, no engendra automáticamente una conciencia revolucionaria de clase, tanto más cuanto que ninguna organización revolucionaria puede tener la pretensión de influenciar al proletariado en estos momentos.

Este hecho tan lamentable, lo debemos, una vez más, a los servicios leales que la contrarrevolución rusa ha prestado al capitalismo mundial. Las fuerzas reaccionarias en el medio obrero cortan toda perspectiva que pueda poner en cuestión la explotación misma de la fuerza de trabajo y anulan toda solidaridad de clase que pueda consolidar la única unión proletaria que conmovería el mundo, esta unión que no debe preocuparse más que de sus intereses, negando la parcelación de la lucha, la separación entre trabajadores y parados, entre nacionalidades, sexo etc. A falta de alternativa clara, esta o estas sepa-

raciones son facilitadas por el miedo de perder el puesto de trabajo para el que lo tiene, y la obsesión de encontrar uno para el que no tiene. En el momento de los despidos puede "desencadenarse" así la ira de un proletariado sometido de antemano a las exigencias del capital, de su economía, de sus empresas, de "su" nación. Tiempo hace que no existe una contextación revolucionaria colectiva y solidaria por parte del proletariado contra la existencia misma de este sistema criminal. Las huelgas contra los despidos son, por lo general, sectoriales y corporativistas; cuando despiden de la siderurgia, el sector del automóvil se calla y viceversa.

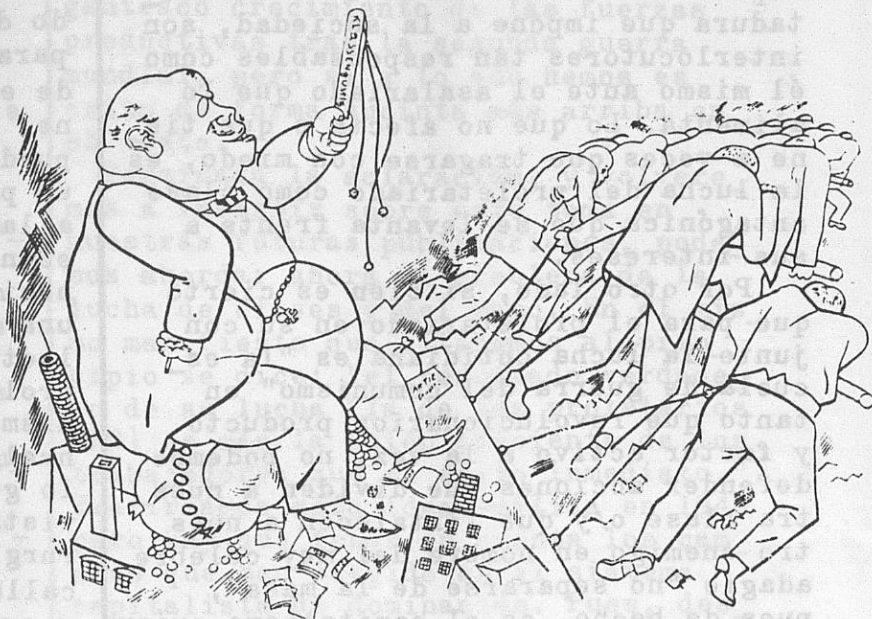
Todo el mundo teme el paro, y el trabajador asalariado aparece como una liberación cuando es la causa de él; y es a través de su abolición que la humanidad merecerá su nombre. Este sistema basado en el progreso, sigue su camino monstruoso y nuestra clase no contesta todavía correctamente con la fuerza potencial que le otorga su posición social en las relaciones de producción. Para enfrentarse al capital el proletariado necesita su conciencia y su fuerza y de manera alguna caridad o contemplaciones obreristas. En tanto que proletariado revolucionario, vivimos la misma situación que nuestros compañeros de clase, y debemos hacernos escuchar y remarcar no por nuestro seguidismo borreguil, sino por lo que nos caracteriza: nuestra voluntad comunista basada, no sobre una genial idea utópica, sino sobre la posibilidad concreta de su realización. Tenemos que partir de la necesidad urgente del comunismo para plantear los problemas de hoy y no a la inversa, lo que nos ataría al capitalismo mismo. Si los parados constituyen comités, no lo deben hacer como parados, sino como proletarios que admiten camaradas que trabajan. Deben, ya que tienen mayor movilidad, imponer la solidaridad de clase a los que se hallan en las galeras de la producción, puesto que es de la actitud clasista de estos últimos que depende la constitución de una fuerza social capaz de imponerse. Nuestras reivindicaciones no pueden tener como objetivo el "mejorar" el sistema basado en nuestra explotación, en consecuencia, no pueden tener en cuenta las posibilidades de la economía capitalista, de la empresa, de la nación, de los cartels, trusts, o del Estado, si no están dirigidas co



contra ellos. Hay que organizarse para mostrar nuestra fuerza y nuestra conciencia con ejes reivindicativos que ataquen la acumulación del capital y que prefiguren al mismo tiempo las medidas necesarias para la dictadura del proletariado y la abolición del trabajo asalariado. No queremos repartirnos la miseria, queremos aprovecharnos directamente de la riqueza producida por nuestra clase. En los lugares de trabajo, los proletarios deben, no sólo luchar contra los despidos sino que deben combatir por la reducción masiva de las horas de trabajo y por un aumento de su salario real exigiendo además la incorporación de sus camaradas sin trabajo. Sea o no posible de realizar, lo importante es que después de cada lucha victoriosa o derrotada, el capitalismo y sus agentes sepan que la clase trabajadora es cada vez más consciente de su fuerza, de esta fuerza que el sindicalismo quiere aniquilar. No es puro azar si en Europa aparecen sindicatos de parados que organizan acciones y manifestaciones que tienden a quebrar el espíritu de rebeldía y, sobre todo, la más mínima voluntad de lucha activa y conjunta entre parados y trabajadores que tienen un puesto donde ser explotados.

Reivindicar, defenderse, SI, para no tener que hacerlo más; para que el capitalismo y todos sus servidores tiemblen ante el espectro del comunismo, de Washington a Moscú, de Pekin a Estambul, de La Habana a El Salvador.

No somos ni mendigos ni miserables. Somos una clase que debe reafirmar su existencia para mejor destruirse y a



Un destino común os une a la patria

acabar con los Estados, las fronteras y las clases sociales.

"Es preciso romper tajantemente con tácticas e ideas muertas, decir a la clase obrera sin reticencias toda la verdad, rectificar sin duelo cuanto obstaculice el renacer de la revolución, proceda de Lenin, Trotsky o Marx mismo, adoptar un programa de reivindicaciones en consonancia con las máximas posibilidades de la técnica y la cultura moderna puestas al servicio de la humanidad."

(Pro segundo manifiesto comunista de Fomento Obrero Revolucionario 1961)

## DOS VERIFICACIONES NEGATIVAS

*"Nada tan fastidioso ni tan árido como el lugar común en delirio"*

Marx.

Hace casi 20 años que grupos de diverso origen y modulación teórica se regodean hablando de una crisis de sobreproducción capitalista, según ellos existente, y de un supuesto ciclo guerra-reconstrucción-guerra, vital para el capitalismo, e inexorable salvo corte previo por la revolución. Crisis y ciclo los ven concatenados como causa y efecto, y ambos a dos, por su



existencia la primera, por su amago o por sus conmociones sociales el segundo, como muy propicios, inclusive indispensables a la insurgencia revolucionaria del proletariado. Es su modo y manera de manifestarse materialistas, con sus pujos dialécticos y --¿quien no!? -- marxistas. En ello se obcecaban hasta en sus últimas publicaciones, ya muriente el año 1985. Y no se descubre una sola excepción entre cuantas corrientes se pretenden, casi son o son de espíritu revolucionario. Conviene decirlo con mayor precisión a fin de evitar equívocos. La ristra de quienes señalan crisis de sobreproducción y ciclo guerrero, va desde la actual paparrucha trotskista hasta los tan poseídos de sí teorizantes bordiguistas de la caída de la tasa de ganancia, visión economista a ultranza de la crisis y de la motivación revolucionaria (Programa Comunista -Le Proletaire), pasando por la llamada Corriente Comunista Internacional (Révolution Internationale-Internationale) Acción Proletaria... el Partido Comunista Internacionalista (Battaglia Comunista - Prometeo), más algunos otros grupillos desgajados de unos u otros, casi siempre de vida efímera.

A todos ellos, y desde sus primeras aseveraciones, Fomento Obrero Revolucionario les dió un mentis rotundo, tanto en textos de organización como en trabajos firmados por sus militantes. La hora de la verificación ha sonado. Empecemos por ratificar :

- 1° - No existe ni ha existido en los últimos decenios crisis capitalista de sobreproducción ;
- 2° - El supuesto ciclo guerra-reconstrucción-guerra es, peor que falso, concepción descabellada, aunque la guerra sea lacra inseparable del capitalismo y de cualquier sistema de explotación del hombre.

En concepto y en práctica capitalista, la sobreproducción consiste y no puede no consistir en grandes cantidades de mercancías que no encuentran compradores. Trátase invariablemente de mercancías en general, no sólo las destinadas directamente al consumo humano. También materias primas, máquinas e instrumental técnico, desde el más simple hasta el más complejo, y de cuantos usos existen. El propio almacenaje de esas mercancías es a pérdida, sin salvar el de aquellas que no se descomponen. En ese aspecto, la crisis de sobreproducción se caracteriza invariablemente por "la baja ruinosa del precio de las mercancías" y "la destrucción de capital" (Marx). El único paliativo de que en tal caso dispone el sistema existente, es desacerse de las mercancías a cualquier precio, por debajo de los costes. De modo que la plusvalía o ganancia del capital, no sólo no se convierte en dinero o ganancia contante, sino que, mucho peor, la parte de dichas mercancías que contiene capital invertido en el proceso del trabajo, en lugar de reconvertirse en dinero se pierden de parcialmente, cuando no toda. La caída catastrófica de los precios llega al paroxismo en la Bolsa de Valores, donde se mide día a día y hacia el futuro, la flaqueza tanto como el auge del capitalismo en general. De ahí la quiebra de muy sólidas entidades transnacionales de la industria, de la banca y del comercio, y en la actividad económica restante, un corte cuantitativo muy severo a la producción. En fin, las inversiones de nuevo capital, ininterrumpidas en condiciones normales y aceleradas en cuanto se barrunta auge, desaparecen hasta los primeros indicios de alza de precios y de revigORIZACIÓN del mercado tanto nacional como internacional.

Lo anterior, tocante al capital en cuanto sistema, de cualquier manera se repartían los daños. Empero, el efecto más devastador de la crisis de sobreproducción concierne al proletariado de cada país. Los despidos de obreros se multiplican. Semana tras semana, son arrojados a la calle decenas de miles de trabajadores. La masa de parados va en continuo aumento, hasta el momento mismo en que la crisis toca su fondo y se inicia un nuevo aumento de la producción. Durante la crisis de los años 30, solo en Alemania había 10 millones largos de obreros sin trabajo, para una población inferior que la de hoy, en Estados Unidos varios millones más, y así más o menos proporcionalmente en los otros países industrializados. El vagabundaje, la mendicidad, el "lumpen" proletariado, cundían en Europa y en Estados Unidos. A despecho de las industrias de guerra, ellas si en aumento ininterrumpido, la crisis de sobreproducción continuaba todavía aunque ya atenuada, al estallar las hostilidades bélicas, en 1939.

Era necesario repetir, pormenorizando, lo que es una crisis capitalista de sobreproducción, a fin de tomar base para increpar a quienes hablan o han



hablado de su existencia, en los últimos años o ahora : vosotros, los crisistas, especialmente los nombrados al principio, habeis errado de todo en todo. No hay ni ha habido crisis de sobreproducción. Ninguno de los síntomas que le son anejos ha estado presente en momento alguno. Ni pérdida de capital, ni quiebra de grandes monopolios, ni suspensión siquiera del crecimiento del capital global, no ya su marcha atrás característica de la crisis en cuestión, ni tampoco la "caída ruinosa de los precios de las mercancías". Muy al contrario, los precios y la carestía de la vida en general han ido en aumento incesante, tanto, que gobiernos, dirigistas y patronales consideran un éxito su reducción a poco anualmente. Ahora bien, ese aumento da, por sí sólo, prueba terminante de que la demanda de mercancías, o sea la venta, excede a la oferta. Está pues claro que la crisis de sobreproducción es invención fantasmagórica de sus dicentes.

Mas siendo los dicentes en cuestión de un economismo exasperante a fuerza de elementalidad, hay que cogernos por su lado. De 1974 a 1981 el volumen de transacciones mundiales pasó de 75 mil millones de dólares a 150 mil millones. Desde 1982, las cotizaciones en Bolsa no dejan de subir, incluso con un alza "explosiva de 50% en 1983". El curso ascendente ha sido "continuo desde hace largos años y de una regularidad impresionante". Tras haber hecho literalmente saltar el mercado de valores alemán (más de 50% de alza desde principios de este año, de 100% para determinados valores) el sueco y el neerlandés, le ha llegado el turno al de París, donde el horizonte está despejado, "cualquiera sea el resultado electoral de 1986". Todas las Bolsas mundiales están orientadas al alza. En París, el balance mensual trepaba a 16,5%. La semana del 16 al 22 de noviembre, la Bolsa "hacia saltar todas sus barreras". Lo mismo aconteció, antes que en París, en las principales plazas financieras mundiales. En suma, "el alza frenética de Wall-Street ha galvanizado la Bolsa". Y así, 1000 millones de francos en acciones francesas se negocian día a día en París. Contando las obligaciones son 6.000 o 7.000 millones de francos los negociados diariamente (1).

(1) Esas y otras referencias no menos elocuentes, en Le Monde de los días 22, 23, 24, 26 y 29 de noviembre de 1985.

Más que convincente, la verificación negativa es apabullante para los crisistas de cualquier bordo. Han confundido un reajuste técnico con el desbarajuste de la sobreproducción, y por consecuencia, los despidos causados por aquel, con la ingente masa humana de los sintrabajo inseparable de la crisis referida. El paro obrero de estos años, en cada país y mundialmente considerado, no es sino el bien conocido ejército industrial de reserva en trance de adaptación a los nuevos requerimientos de la relación, reafirmada, capital-salariado. Téngase pues por cierto que parte de él no será reabsorbido, por mucho crecimiento económico que presenciemos.

El yerro de los crisistas es tanto más craso cuanto que sus aseveraciones van a contrasentido de lo dicho al respecto por los revolucionarios, a partir de Marx. Les hubiese bastado atenerse a lo escrito en El Capital referente al asunto, para ahorrarse esa metedura de pata. Y no es que desconozcan los textos, sino que su materialismo zurdo les ha llevado a interpretar como barruntos de su anhelada crisis lo que de hecho era mero residuo de la reorganización industrial. Mas tal espejismo calenturiento se los ha metido en la masa encefálica un artículo de fe de la misma cepa mecanista : creen que el estrechamiento de la sobreproductividad capitalista es factor principalísimo, o bien único, de lucha y conciencia revolucionarias del proletariado. Porque si no, ¿ qué motivación material tendría la revolución ? Por lo mismo, obcecándose y eslabonando a un desvarío otro mayor, se han persuadido de que el sistema capitalista, a fin de sacudirse la crisis y ajobado por sus ingentes instrumentos de producción, desencadena la guerra a fin de destruirlos en gran parte, y disfrutar luego de otro período de grandes negocios reconstruyen de lo destruido. Así, ¡ tan simplon y bufo como el huevo de Colón ! He ahí, espatarrada al máximo, la calidad de materialismo en que han caído los crisistas sin excepción.

Ante tal jaez de lucubraciones se queda uno pasmado, tantos y tan palmarios son los argumentos, y los hechos que evidencian su delirante mentecatez. Pero basta y sobra ofrecer lo principal. Si la tecnología ha alcanzado, en lo militar, el grado de criminal pericia que se le conoce, débese a que toda ella, en cualquier dominio de la producción que se considere, ya esta, en la actualidad, asesinando hombre y sociedad. Uno y otro aspecto se corresponden e interdeterminan entre sí, y colocan la humanidad, proletariado en delantera, an-



te el más perentorio de los dilemas : o la revolución comunista, o bien, fallando ésta, la degeneración paulatina de cuanto existe, a comenzar por el homo sapiens sapiens ; a menos que sea, de sopetón, la muerte total por la guerra mundial imperialista. Ahí es donde más resalta el colmo de la caducidad del sistema existente, pues el desencadenamiento de la guerra entre los Bloques militares directamente aniquilaría a uno y otro sin distinción, e inclusive los propios estratos y clases explotadoras y dirigentes. Es pues un enorme sinsentido, aún en el mero aspecto formal y estadístico, hablar de un ciclo guerra-reconstrucción-guerra, peor todavía verlo como proyecto deliberado de salvación capitalista. Los mismísimos jefes de Bloques y sus segundones están diciéndolo a las claras, no sólo ahora. En la reciente entrevista Reagan-Gorbatchev se ha dicho sin circunloquios que una tercera guerra mundial hay que evitarla, porque a nadie beneficiaría. El propio comunicado oficial del encuentro de Ginebra reza : "ambas partes convienen en que una guerra nuclear no puede ser ganada y en que nunca debe desencadenarse". E insisten en la necesidad de impedir cualquier guerra entre ambas potencias. No significa eso que no pueda estallar, por mucho que no la quieran, pero sí que los contertulios de Ginebra se esforzarán en esquivarla, atizando al mismo tiempo esa forma de guerra imperialista indirecta de que tantos casos se conocen, desde Vietnam hasta Angola, Nicaragua o Afganistan, más cualquier Líbano.

Total, la segunda verificación negativa es tan terminante como la otra. Y puesto que ambas están conectadas, no en el acaecer social, ya se ha visto, pero si, estrechamente, en la ideación de sus postulantes, hay que gritarles : FOMENTO OBRERO REVOLUCIONARIO ha tenido razón frente a todos vosotros, crisistas y recurrentistas.

La razón de tal acierto reside en que, al contrario de los crisistas, para F.O.R. la gran causalidad material de la revolución no es ni podrá ser algo contingente, sino que la da el sistema capitalista como un todo y por su propio ser en la etapa actual, inclusive en el menos malo de sus funcionamientos, o sea, el mejor para él. Y engendrada por esa causalidad general, se da otra no menos material, la más motivante y premiosa : la necesidad, que es al mismo tiempo posibilidad, de que el proletariado deje de ser proletariado. Esta segunda causalidad refuerza y realza su importancia porque conlleva, a flanco de su basamento objetivo, la subjetividad humana en pugna por transformar el mundo transformándose a sí misma. Abriga pues la consciencia revolucionaria, cuya expansión y cristalización en actos suprimirá capital, clases, Estado.

Por ende, a cada gran problema social, en cada enfrentamiento cotidiano con el sistema actual hay que aprontar la solución revolucionaria, con la mayor netitud, lejos de escarceos diletantes. Naufragarán quienes no se muestren capaces de hacerlo.

Diciembre 1985

G. Munis

Para mantener correspondencia con F.O.R. escribid a :

ALARME . Boite Postale 329  
75624 PARIS. Cedex 13.

Esta dirección es válida para:  
1.- Alarme - Francia

NUESTRAS PUBLICACIONES

Jalones de derrota....  
Les syndicats contre  
la Revolution.....  
Pro-Segundo manifiesto  
Comunista.....  
Pati-Etat.....  
Llamamiento y exhorto  
a la nueva generación.

Números atrasados de  
la revista.....



**Para correspondencia escribid al apartado  
5355 - Barcelona**



# CIEN AÑOS DESPUÉS:

## Un 1º de Mayo contra los aparatos sindicales

Aquí estamos de nuevo, este año con centenario incluido. Los sindicatos y toda cohorte de partidos "hermanos" o críticos, desde el PSOE a la extrema izquierda celebrarán, un año más, el éxito que supone para sus intereses materiales, ceñir al proletariado al carro del sistema capitalista, sumergiéndolo en un interminable juego de reivindicaciones de pequeñas reformas en el marco del capital, que nos impiden a los trabajadores y trabajadoras cambiar drásticamente las condiciones de existencia.

Los sindicatos y todos los partidos de "izquierda", celebrarán pues, este año, el centenario del 1º de Mayo. Se sentirán orgullosos y satisfechos como en una fiesta familiar. Eso sí, nos dirán que los tiempos han cambiado y que aquel día que hoy conmemoran, aquel día de lucha y solidaridad proletaria, debe adaptarse a la nueva época..., es decir, cambiar la lucha en cortejos domesticados mendigando mejoras a nuestros propios verdugos, mejoras que mantienen por igual la miseria del proletariado; claro que, siempre hay algunos que gritan más fuerte que otros, pero de sus bocas sólo sale una súplica en nada diferente al resto del desfile. Lo que quieren, en definitiva, es un 1º de Mayo que sea un fiel reflejo de la apatía revolucionaria de los trabajadores-as.

Sin embargo, una pequeña arruga afea el rostro rebosante de felicidad de "nuestros representantes" sindicales: el paro. Según dicen, está en vías de solución: se anuncian los días finales de la recesión económica en Occidente (del resto del mundo nada se sabe). Y a esto añaden programas salvadores: "nacionalización de sectores productivos", "concertación entre empresarios, sindicatos y gobierno", por no hablar de los famosos 800.000 puestos de trabajo.

TODO ESTO ES UNA ASQUEROSA MENTIRA. Lo que ellos llaman crisis, es la readaptación del sistema productivo capitalista a nuevas condiciones de explotación que permitan mayores ganancias. La propia dinámica del sistema obliga -en aras a la competitividad- a ir modificando los elementos que componen el sistema productivo (aunque no lo fundamental: la explotación del proletariado) y los trabajadores como parte integrante de él, sufrimos, sobre todo con la pérdida de puestos de trabajo, la aplicación de nuevas tecnologías.

El capitalismo no hace sino aumentar su necesario ejército de reserva, y en las condiciones actuales, es un ejército de reserva estructural. Quien abandera la posibilidad de una solución en el interior del capitalismo, está MINTIENDO, y lo utiliza como engaño descarada con el único propósito de aturdir al conjunto del proletariado. El paro es consustancial al capitalismo, y ninguna posibilidad de REFORMA, por más radical que fuera, podría solucionararlo. Mucho menos cabe pensar en que haya remedios de carácter nacional como pretenden todo tipo de "salvadores". Quienes esto sostienen no hacen sino aplicar la política de compartimentación a mayor escala: primero nos dividen en fábricas, luego en ramos y más tarde en naciones. El objetivo de todo ello es doble: romper la unidad real que existe a nivel internacional en el proceso de lucha, e inculcar el nacionalismo a todos los trabajadores-as, haciéndonos partícipes del "destino nacional" ("consume productos nacionales" "todo en interés de la nación" "defendamos la nación"...). Todos los trabajadores-as tenemos que romper esas concepciones, nuestros intereses están por encima de cualquier nacionalidad. El proletariado internacional tiene las mismas necesidades, sin distinción de país, sea rico o pobre, esté en Europa, América o cualquier otra región del mundo. EL PROLETARIADO NO TIENE PATRIA, Y NUESTRO MAYOR ENEMIGO ES EL CAPITALISMO MUNDIAL, SEA ESPAÑOL O EXTRANJERO.

Pero aún en el caso hipotético en el que el capitalismo fuese capaz o se viese forzado a conceder el pleno empleo, esto no sería un triunfo para el proletariado sino, muy por el contrario, una nueva esclavitud que encadenaría a los trabajadores-as aún más al yugo del trabajo asalariado, manteniéndonos al margen de la posibilidad de hacer de la política y de la economía, instrumentos que, en nuestras manos, significarían la formación de una sociedad, el



comunismo, en la que todos los individuos, con el proletariado a la cabeza, satisficieran todas sus necesidades, tanto materiales como culturales, sanitarias...

Será bajo estas condiciones cuando el trabajo deje de ser un elemento de explotación y embrutecimiento, la fuente del beneficio del capital y el instrumento de negociación de los sindicatos (las dos caras de una misma moneda) para convertirse en una necesidad vital.

Bajo cualquier forma que fuere, la sociedad capitalista no puede ya ofrecer a la humanidad más que un porvenir de miseria, de coerción económica y policíaca, de regresión social y cultural, y la guerra atómica por añadidura. Las condiciones materiales en las que vivimos, hacen posible la constitución efectiva de una sociedad en la que los hombres decidan y orienten la producción de acuerdo con sus necesidades; esto no es un sueño utópico propio de mentes débiles, por el contrario, este cambio radical de la sociedad es, cada vez más, una imperiosa urgencia para todos nosotros, y a todas luces, un proyecto realizable ya, ahora.

Los obstáculos que encontraremos en este camino los conocemos bien, contra ellos deberemos enfrentarnos; en primer lugar con aquellos más "próximos" a nosotros: los sindicatos y los partidos, desde el stalinismo, sea del signo que sea, a los trotskistas, quienes intentan mantenernos en el "juego" de las reivindicaciones inmediatas que nos sujetan aún más a esta sociedad de explotación.

Para romper con ellos es necesario que nosotros mismos tomemos en nuestras manos la responsabilidad de destruir este sistema.  
Trabajadores:

- Acabemos con la división entre parados y trabajadores con empleo, incorporando a las fábricas a todos los parados, no para rentabilizar el sistema capitalista, sino como expresión del poder obrero.
- No permitamos ningún despido más; socialicemos los medios de producción y organicémoslos bajo un plan que permita satisfacer TODAS nuestras necesidades.
- Exijamos el inmediato aumento del salario real, sin tener en cuenta los intereses del capital.
- Expulsemos de las fábricas a los sindicatos y tomemos en nuestras manos las decisiones mediante asambleas con delegados directos, revocables en todo momento.
- Por una reducción del tiempo de trabajo; las condiciones existentes lo permiten, y nuestras necesidades como hombres lo requieren.
- Nuestras luchas tienen que adoptar un carácter internacional, unámonos a nuestros compañeros trabajadores de todo el mundo.

Únicamente en la lucha podremos dar cuenta de nuestro proyecto de cambio social, un cambio que pasa por la ruptura política con todos aquellos aparatos, políticos o sindicales, que son parte integrante del capitalismo, y que jamás saldrán de su laberinto.

**¡LUCHEMOS POR LA DICTADURA SOCIAL DEL PROLETARIADO!  
¡POR LA ABOLICIÓN DEL TRABAJO ASALARIADO Y DE LAS CLASES SOCIALES!**

---

En este número publicamos ( con la pretensión de que sea una práctica habitual en las páginas de Alarma) una octavilla elaborada y difundida por unos compañeros que, aunque no pertenezcan a ninguna organización revolucionaria determinada, se inscriben en el marco de la lucha por el comunismo. Creemos que la única actitud revolucionaria posible con estos compañeros es la discusión clara y fraternal. Este es el motivo de esta nota. En lo fundamental de las posiciones que se vierten en la octavilla, estamos de acuerdo:



Tanto en el análisis del "internacionalismo proletario" que aplican, los capitalismos de estado y sus representantes, así mismo como el papel que juegan las "liberaciones nacionales" como instrumento de la contrarrevolución. Igualmente cabe señalar lo certero de la afirmación que señala el carácter internacional de la revolución.

Sin embargo, en este trabajo hay una posición que no compartimos: aquella que señala la imposibilidad del inicio de la transición hacia el comunismo sin revolución internacional.

La necesidad de la internacionalización de la revolución está en función del dato objetivo de la imposibilidad de que un país pueda mantenerse al margen del mercado mundial; la autarquía es una quimera.

En segundo lugar es del todo inimaginable que una revolución comunista pueda convivir siquiera por un breve plazo de tiempo con un mundo capitalista. La extensión de la revolución es tarea INMEDIATA para los comunistas.

Pero el segundo punto de apoyo de la revolución, tan importante como el anterior, es el desarrollo desde el primer instante de las tareas de la revolución social y no únicamente la toma y el mantenimiento del poder político.

Establecer las condiciones materiales que permitan la auténtica gestión de la sociedad por parte de los trabajadores, es la única garantía de que la naturaleza de la revolución es socialista. Fue precisamente la ausencia de transformación social uno de los elementos fundamentales que posibilitaron en Rusia el asentamiento de la contrarrevolución. Es inconcebible una sociedad donde haya tomado el poder la clase obrera y persista, por voluntad propia, la explotación. En tal caso debiéramos preguntarnos quién se beneficiaría de la plusvalía extraída a los trabajadores. Insistimos en que esto no significa la posibilidad del socialismo en un solo país, el socialismo será fruto de un proceso a escala mundial. Pero la gestión de la sociedad entera, así como el ataque a la raíz de la explotación, es el estigma de la revolución comunista DESDE SUS INICIOS. En el espacio reducido de esta nota nos es imposible darle la extensión que merece el tema; reservamos para próximos números abordar con mayor profundidad el tema. De esta forma queremos ofrecer la posibilidad de abrir un debate.

#### I de MAYO: ¿INTERNACIONALISMO? ¿QUE INTERNACIONALISMO?

"Internacionalismo proletario"; una palabra que tiene significados diametralmente opuestos según en qué boca se halle. Para la socialdemocracia y el euro-"comunismo" (eurocapitalismo de Estado) el internacionalismo se reduce a 4 gritos "internacionalistas" cada 1 de mayo y el resto del año a ocuparse de las responsabilidades "nacionales", de los intereses "nacionales" y de la economía "nacional". También se permiten vender como "internacionalismo" su apoyo a ciertas "revoluciones" siempre y cuando sucedan en el Tercer Mundo y se limiten a sustituir un régimen militar por una "transición democrática" o una "democracia popular" burocrática. ¡Nada de poder obrero!

Para los truhanes enfeudados directamente a Moscú o Pekín, el "internacionalismo" consiste en la defensa de sus respectivos imperialismos. Cuando alguno de los botines obtenidos en costosa refriega militar amenaza con escapar o cuando el proletariado de algún "paraíso socialista" se desmanda, se invoca el internacionalismo "proletario" para justificar la intervención policíaco-militar. Propiamente hablando, se trata de internacionalismo burocrático o mejor aún, internacionalismo policíaco. También es "internacionalismo" toda leva para-militar de cara a la IIIa Guerra Mundial, que sólo podrá evitarse si los proletarios de todos los países se unen para poner en la picota a los explotadores burgueses y burocráticos. Hacerlo no es sino un acto humanitario para impedir que el presente terror burocrático-burgués se prolongue hasta la locura final. Se trata de una indispensable medida sanitaria de urgente aplicación.

Para otros, el internacionalismo consiste en el apoyo indiscriminado al "derecho de autodeterminación de las naciones" en todo tiempo y lugar, países de capitalismo avanzado incluidos. Frente a tal confusionismo hagamos notar que: a) Los fundadores del marxismo no defendieron jamás un supuesto "derecho" de autodeterminación aplicable a todos los países y épocas históricas, por tanto abstracto y ahistórico por definición. Marx y Engels asumieron ese derecho como una anomalía justificada por la existencia de circunstancias históricas (por tanto, TRANSITORIAS) muy concretas, a saber, que todavía eran necesarias y posibles una serie de revoluciones burguesas, porque el socialismo era imposible mientras que el capitalismo no hubiera desarrollado el mercado a nivel mundial y el proletariado no se hubiese transformado en una clase verdaderamente mundial; b) Incluso Lenin, tan invocado para defender la "autodeterminación", decía que en



Los países desarrollados toda reivindicación nacional estaba superada y que la mantención para Rusia y los países coloniales porque las tareas burguesas de destrucción del feudalismo y de independencia nacional no estaban acabadas. Por tanto, sólo para estos países defendía Lenin las luchas de "Liberación Nacional". Convertir a Lenin en el abanderado de la independencia de Euskadi, de Andalucía o de ¡¡Cataluña!! es mera tergiversación exegética; c) Con el establecimiento de un mercado mundial que integra a todas las áreas geográficas del planeta en su lógica y con el deslizamiento del capitalismo hacia su fase imperialista (2 procesos que se completan a finales del siglo pasado y principios de éste), desaparece la necesidad y la posibilidad de revoluciones burguesas: lo único que está a la orden del día es la Revolución Socialista Mundial. Es imposible dividir el mundo en una zona de capitalismo senil y otra de capitalismo joven y dinámico. El capitalismo es un sistema global que surge y declina como entidad única cuyas partes son estrictamente interdependientes.

A menos de negar que el capitalismo puede ser superado como un todo, es obligatorio asignar a los países atrasados la misma tarea revolucionaria que a los adelantados, igual que si se tratase de regiones de un país muy industrializado que no hubiesen seguido el ritmo general. Eso, señores, sería internacionalismo.

Hay quién apoya los nacionalismos regionales por "táctica", es decir, por oportunismo y a sabiendas de su carácter caduco. Quienes recurren a semejantes "habilidades" aceptan de hecho que las engañifas patrióticas heredadas del pasado poseen una fuerza subversiva de que carecería la idea de revolución social.

No somos nosotros quienes negamos el derecho de un país cualquiera a la independencia; es el monstruoso poderío del capital mundial. Por lo demás está presente la posibilidad de pasar a una civilización comunista, en la que la libertad individual y colectiva reduzcan al ridículo lo que la "Liberación Nacional" ha consentido en sus mejores momentos a un número restringido de países.

Ni que decir tiene que la libertad de hablar y enseñar la propia lengua debe ser respetada siempre. Una nación es algo muy distinto de algunas características psíquicas o lingüísticas. Estas permanecerán después de la revolución, algunas por siempre. La nación, no, porque no tiene sentido sino como coto de explotación.

En el mundo actual no se puede salir de la órbita de un imperialismo sin caer en la del otro: ni siquiera China, la IIIª potencia, ha podido abandonar el bloque ruso sin caer de cuerpo entero en el bloque USA. El sistema mundial no da para más.

Tales luchas de "liberación" pueden debilitar al imperialismo USA en favor del de la URSS o al revés, pero no debilitan al imperialismo como sistema de relaciones, pues no atacan sus bases, las RELACIONES DE PRODUCCION CAPITALISTAS.

En la fase imperialista del capital, es imposible que ningún sector de la burguesía mundial sea "antiimperialista". Hay un gran ejemplo histórico: Para ganarse a las nacionalidades del Imperio ruso, los bolcheviques defendieron la "autodeterminación"; como no son las "naciones" sino las clases las que se autodeterminan, las burguesías nacionales usaron su libertad, para renunciar a ella y someterse al Imperio alemán! Lo primero para ellas era hacer frente al proletariado, aún a costa de su independencia. La burguesía de Finlandia, p.ej., quería separar a "sus" obreros de la revolución en ciernes en Moscú y Petrogrado, por lo que el gobierno burgués de Kerensky le concedió la independencia. Que se enteren los que SUEÑAN con "marcos autónomos de la lucha de clases": en caso de auge revolucionario en Euskadi, la burguesía vasca llamará a la burguesía española e internacional en su ayuda. La nación sería la tumba del proletariado vasco y la ikurrina su mortaja. En caso de auge revolucionario en España, la burguesía estaría dispuesta a la independencia vasca para que los obreros de allí se quedasen festejando su "independencia", libres del "contagio", posibilitando que Euskadi se convierta en retaguardia y plataforma de la contrarrevolución contra la clase obrera del resto del Estado.

El verdadero internacionalismo no se basa en un "deber" o una "ética socialista", sino que tiene bases objetivas. SIN REVOLUCION INTERNACIONAL NO PUEDE INICIARSE LA TRANSICION AL COMUNISMO. Los que ven en los países "socialistas" unas "bases económicas socialistas" poco o muy "degeneradas", admiten DE HECHO que el socialismo no tiene que ser internacional. Para ellos el "internacionalismo" es sólo algo "recomendable", "bonito", etc, pero no sería IMPRESCINDIBLE, no sería ASUNTO DE VIDA O MUERTE para la revolución "nacional".

La victoria de la revolución en un país no suprime sus relaciones con la economía mundial ni su dependencia ante ésta. Ese país se encontrará ante este callejón sin salida: o mantiene y profundiza la especialización de su producción para progresar económicamente, lo que significa seguir siendo tributario de la economía capitalista mundial bajo todos sus aspectos y someterse indirecta pero no menos efectivamente a sus leyes; o se orienta hacia la autarquía, produciendo hasta aquello que le resultaría mucho menos costoso obtener mediante relaciones económicas, con la consiguiente regresión económica. Dicho sea de paso, nada hay más reaccionario que la "teoría" que presenta el socialismo como una estatificación de la economía que conduce a la autarquía y la independencia; aparte de ser falso, la autarquía fue siempre el sueño de Franco y Mussolini. Los comunistas preconizan una Comunidad Internacional. Una revolución aislada, en cualquiera de los dos casos citados, no llevará hacia la abundancia ni a la reducción de los antagonismos económicos entre individuos y capas sociales, sino a un retroceso, a la pobreza y a una agudización de la lucha de todos contra todos por satisfacer sus necesidades. Es la lógica implacable de unas relaciones de producción que sólo pueden suprimirse a escala mundial.



Una revolución proletaria ha de ser forzosamente mundial en breve plazo: es imposible un socialismo nacional al que se van sumando otros socialismos nacionales. El poder obrero y el poder capitalista son irreconciliables tanto en el interior de un país como a escala internacional; si el primero no vence al segundo a escala internacional, se producirá lo contrario - a escala internacional - , ya sea con el derrocamiento manifiesto de ese poder o por su descomposición y evolución hacia el CAPITALISMO BUROCRÁTICO DE ESTADO. Un marxista ha de rechazar A PRIORI la idea de un poder obrero que se mantiene durante 30 o 70 años en el seno del mundo capitalista y que además es salvado por unos capitalismos de morir a manos de otro - durante la Segunda Guerra Mundial los aliados salvaron a la URSS de Hitler con innumerables suministros y rechazaron repetidamente las ofertas de éste al final de la contienda para volverse juntos contra Rusia -. Toda dualidad de poder es esencialmente transitoria e inestable y no puede tardar en resolverse por completo a favor de uno de los dos polos implicados. Sólo estrategias de pacotilla, mistificadores y reformistas ocultos bajo oropeles revolucionarios pueden creer y hacer creer en una larga dualidad de poder que se resuelve gradualmente en favor del proletariado, ya sea a escala nacional o internacional. **COMUNISMO O BARBARIE**

## **CONTRA EL PARLAMENTO: NO VOTEIS, PREPARAD LA REVOLUCION**

### **TRABAJADORES**

Nuevamente se nos convoca a legitimar y a consolidar con nuestra participación, un sistema de "representación" política, la democracia parlamentaria, que, lejos de otorgarnos un verdadero protagonismo al conjunto de los trabajadores, nos impide la auténtica posesión y gestión de la riqueza que nosotros mismos producimos.

Cada cuatro años las elecciones se convierten en una derrota a plazo fijo. Y esta derrota no está en función de que ganen las elecciones las "derechas" o las "izquierdas", aunque cada fracción exprese intereses propios y una forma determinada de organizar el capital, su proyecto capitalista sólo difiere en designar en manos de quién debe estar el beneficio del trabajo ajeno, nuestro trabajo. La derrota se produce cuando el proletariado es empujado hacia la creencia de que a través de las elecciones parlamentarias ejerce su "soberanía" y que por medio de ésta, sus necesidades serán satisfechas. Que los trabajadores canalicen su actividad "política" a través del parlamento y se sientan parte integrante de este sistema democrático, es la mayor derrota para todos nosotros, para todo el movimiento proletario.

¿Todavía compañeros podéis seguir pensando que con vuestro voto, por medio de la acción del gobierno, podéis influir en la ordenación del sistema? ¿No habéis visto en esta legislatura cómo un partido con diez millones de votos, vuestros votos, hacía justamente lo contrario de lo que había prometido? ¿Cuántas veces tendrá que suceder esto para que nosotros decidamos ser nuestros propios gobernantes?

Que nadie se equivoque. No criticamos al PSOE que no cumpliera su programa electoral. Aun cuando lo aplicara escrupulosamente, sus propuestas no dejarían de ser una forma determinada de gestionar el capitalismo. Pero el hecho de que este partido, u otro cualquiera, se vea contradicho, demuestra que el capital es quien fija la política a seguir en función de sus necesidades, independientemente de los oropeles verbales de sus representantes, sean de "izquierda" o de "derecha". Evidenciando de esta forma, que quienes concurren a las elecciones tienen el propósito y el deseo de llevar a cabo la política que el capital necesita, como parte integrante que son de éste.

Obviamente, para el capitalismo, ceñir al proletariado a esta función de "ciudadano democrático" es fundamental, y su representante más importante por el momento, Felipe González, lo expresa sin duda alguna: "votad, votad libremente, no importa lo que pase; poco importa quién gane las elecciones... pero votad". No toquéis, nos dicen sus señorías, las instituciones sagradas. No oséis tomar en vuestras manos ninguna decisión que competa a la representación nacional, si no os gusta cómo van las cosas castigad den



tro de cuatro años al gobierno negándole vuestro voto y dándoselo a otra formación política, pero sobre todo ¡no rompáis la convivencia democrática! Esta frase nos martillea los oídos hasta el punto de la rabia, porque para el proletariado, "convivencia democrática", parlamentarismo, significan una forma determinada del dominio (democrático) del capital contra la clase obrera; es una "convivencia democrática" la que legisla desde el parlamento, favoreciendo el incremento del beneficio de la banca; es la "convivencia democrática" la que lleva a cabo la reestructuración industrial y arroja a miles de trabajadores al paro; es la "convivencia democrática" la que vota en el parlamento, presupuestos militares y conduce a miles de trabajadores a la guerra, cuando la hay.

ES EL CAPITALISMO QUIEN SE BENEFICIA DE VUESTRA CONFIANZA Y RESPETO HACIA LAS INSTITUCIONES PARLAMENTARIAS Y DEMOCRÁTICAS, CUANDO EN REALIDAD SON UN PODEROSO INSTRUMENTO DE OPRESIÓN.

Y no puede ser de otra forma porque las necesidades de los trabajadores y del capitalismo están abiertamente enfrentadas, excluyéndose mutuamente, sin posibilidad de conciliación de intereses tan opuestos. Con la democracia pretenden ocultar ese conflicto poniéndonos la etiqueta de "ciudadanos", convirtiéndonos, por un juego de prestidigitación, en socios inseparables del destino nacional a trabajadores y empresarios... lo que no dicen es que estos últimos tienen todo el peso del estado democrático para asegurar la perpetuación de la explotación y del férreo control del poder de decisión.

Las instituciones democráticas son un caballo de troya del nacionalismo en las filas proletarias. En nombre de cuyas instituciones y libertades se ha enrolado a los trabajadores en numerosas guerras imperialistas, llevando a la masacre a los explotados del mundo entero. Por mucho que intenten darnos instituciones nacionales e imbuirnos del sentimiento patriótico y nacional, los trabajadores del mundo entero debemos ver a los obreros de otros países, no como elementos de competencia, sino como nuestros propios compañeros de lucha. Contra la política del capital de dividirnos y enfrentarnos, a cada trabajador con "su" parlamento, "sus" libertades y "su" estado, nosotros debemos responder con un solo espíritu de solidaridad.

Todos los partidos solicitarán vuestro voto, os mostrarán cada uno su programa como el más progresista. Pero ninguno presentará el único programa que todos necesitamos: LA PREPARACIÓN DE LA REVOLUCIÓN SOCIALISTA, YA. Algunos partidos, sobre todo la constelación de partidos estalinistas (Izquierda Unida, Unidad Comunista, etc.) os hablarán de socialismo. Pero todos sabemos cuál es el auténtico programa de estos partidos: el capitalismo de estado ruso, es decir, concentrar todo el capital en manos del estado, de modo que los carrillos, gallegos, iglesias, o quienes fueran, gestionaran ellos mismos la plusvalía que continuarían extrayendo a los trabajadores, como en Rusia, acrecentando la explotación y la opresión.

Otros (LCR, MC) os llamarán a la abstención, probablemente agotados por la anterior gimnasia electoral, de tanto pedir y preparar referendums... que paradójicamente, pierden de forma democrática. Para ellos esta abstención es el "democrático derecho a no votar", pero esto es transitorio, cuando recobren la confianza en si mismos serán quienes más griten bajo la carpa del circo democrático.

PROLETARIOS, contra el parlamento hay una posibilidad de acción inmediata: expulsemos de las fábricas a esos "parlamentarios" que son los sindicatos, liguemos todas las reivindicaciones que en este momento sostenemos en las fábricas (paro, mejora salarial etc.) a la única posibilidad de solucionarlas: hay que comenzar a crear los órganos de poder obrero enfrentados al poder capitalista. Contra el parlamento y su otra representación, el sindicato, organicemos consejos obreros con delegados elegidos en asambleas y revocables en todo momento. COMPAÑEROS, PODER, ARMAS, ECONOMIA A LOS TRABAJADORES.



# F.O.R. informa

En el periodo histórico en el que vivimos, de profunda derrota del proletariado, los pequeños movimientos de individuos o grupos que intentan romper con posiciones ajenas a un programa comunista, significan, para todos los revolucionarios, un fortalecimiento en la convicción del inevitable derrumbamiento de todos los aparatos contrarrevolucionarios que sostienen al capitalismo.

En el nº 21 de Alarma, anunciábamos que un movimiento de este tipo se había producido, y que, como resultado de él, FOR veía fortalecida su presencia numérica. En aquel momento consideramos que aquellas incorporaciones darían una fisonomía a la organización que le permitiría una mayor presencia política. Más de medio año después, hay que decir que no ha sido así.

Y no lo fue porque la homogeneidad política que presumíamos no era suficientemente sólida como para que sólo hubiera un único cuerpo de ideas que nos permitiera intervenir: el bagaje político y teórico que FOR ha adquirido en la lucha práctica desde hace muchos años.

Esta diferencia de posiciones (diferencia sobre la caracterización de la naturaleza de la revolución rusa, así como la importancia que juegan ciertos sectores sociales, el peso de lo cotidiano en la teoría revolucionaria y el papel a jugar por los revolucionarios) hace imposible la permanencia conjunta en FOR. Quienes nos sentíamos identificados con las ideas que han constituido FOR, desde la ruptura con el trotskismo hasta hoy, somos quienes formamos FOR actualmente, los otros ex-componentes se encuentran, en este momento, agrupados con otras personas (1).

El balance que sacamos de esta experiencia es, naturalmente, negativo. Toda la responsabilidad recae sobre FOR, porque nosotros somos responsables de no haber forzado la clarificación teórica antes de llevar a cabo la incorporación de nuevos militantes.

Esta incorporación fue precipitada, basada sobre una profunda confusión. En el reconocimiento de este error, intentaremos que cualquier discusión con individuos o con grupos que se acerquen a nuestras posiciones, en caso de llegar a acuerdos definitivos, estén cimentadas sobre posiciones inequívocas.

Esta es nuestra voluntad y el compromiso que adquirimos.

(1) El agrupamiento tiene como apartado de correos el nº 1393 (08080) Barcelona.





# ALARMA

F.O.R.

Nº 23

PROLETARIOS DE TODOS LOS PAISES, UNIOS  
SUPRIMID EJERCITOS, POLICIAS,  
PRODUCCION DE GUERRA, FRONTERAS, TRABAJO ASALARIADO

75 PTS.

ELECCIONES SINDICALES: NO VOTAR

**¡¡ comités obreros**

**Para la lucha !!**



Una vez más los trabajadores hemos sido convocados a nuevas elecciones sindicales. Y una vez más el sistema utiliza el método del aislamiento y de la división (ramos, empresas) a fin de intentar hacernos olvidar que somos una clase opuesta a sus instrumentos de opresión.

El voto es aislado, individual, secreto. Nada más conveniente a los intereses del capital en un tema tan importante como el del sindicato en el que ve el instrumento capaz de garantizarle una vez más la sumisión de la clase obrera.

Porque, y que nadie caiga en el engaño, la cacareada democracia actual en nada ha cambiado el papel del sindicato; es el mismo de los tiempos de Franco, es el mismo de siempre.

Sustituir a los trabajadores, denunciarles, traicionarles, romper huelgas, predicar sumisión, propagar bulos de crisis irreversibles, recomendar paciencia, pactar el paro, la miseria y el hambre de tres millones de trabajadores sólo en este país. He ahí las tareas de estos sindicatos, de todos los sindicatos.

¿Dónde aparecen siquiera una vez en los programas de los sindicalistas los intereses de los trabajadores? NUNCA. Hasta el más ingenuo debe reconocer que en todos los planteamientos de los

sindicatos el máximo beneficiario ha sido el capital.

Más aún: que no sólo los sindicatos no han sido la vanguardia obrera que pretenden sino muy al contrario el freno y la mordaza de TODAS y CADA UNA de las luchas que la clase obrera ha emprendido.

Los intereses de la clase obrera, de cada trabajador individual y colectivamente son esencialmente opuestos a los del capital

y cada uno de sus instrumentos entre los que uno de los más importantes por su falso barniz de "obrerismo" es el sindicato.

Y no puede ser de otra forma. La esencia misma del sindicato, su función social es la aceptación y el mantenimiento de la explotación del hombre por el hombre, es decir la aceptación del sistema capitalista como mejor sistema social posible para él ya que es el único en que el

mismo sindicato tiene justificación para su existencia.

Y esto es muy simple: en una sociedad en que no haya patronos y obreros, explotadores y explotados, trabajo asalariado, el sindicato no podrá existir. Su papel social será inconcebible.

Es indudable pues que quienes plantean la necesidad de potenciar el sindicalismo están defendiendo los intereses del capital y atacando los de la clase obrera.

El intrusismo en los sindicatos, la utilización de la "legalidad" sindical son ar-





gumentos usados sólo por aquellos que pretenden perpetuar este sistema. Igualmente falsa es la fácil denuncia de la burocracia sindical como elemento "negativo". El argumento de que el sindicato es contrario a la clase obrera porque sus líderes y burócratas actuales son enemigos de clase, es falso. Cambiemos de burocracia ( de Franco a la democracia) y el resultado es el mismo.

Es el sindicato, sus intereses ligados al capitalismo, su carácter de gestor de la fuerza de trabajo lo que hace de él un instrumento del sistema contra la clase obrera.

Por que el sindicato es esencialmente CONTRARREVOLUCIONARIO. Su interés primordial es la subsistencia del sistema y su función la de luchar contra el cambio social, la de oponerse a la clase obrera, motor histórico de la revolución.

Por eso sus líderes, sus burócratas ayer u hoy, sean del color que sean nunca podrán alterar la tarea del sindicato: la gestión y venta de la fuerza de trabajo en las condiciones más favorables para el capitalismo.

No son palabras. Los programas sindicales, los pactos "sociales" están hoy impregnados de una única idea que no por casualidad coincide con la idea básica de los gestores capitalistas:

" Hay crisis y lo necesario es levantar la economía, mejorar la productividad, rebajar salarios, evitar conflictos y huelgas, anular reivindicaciones, someterse al paro, ser insolidario... ¿defender la empresa! "

¿Cómo sino se entiende que Chávez, un sindicalista sea hoy ministro de trabajo ?.

Sencillo: los programas sindicales coinciden plenamente con los programas del gobierno. Y la aplicación de ambos programas ya los estamos sufriendo los trabajadores. Así de claro.

Hay más: el panorama que nos ofrece el afianzamiento del sindicato como engranaje social no puede ser más desalentador.

En los países capitalistas occidentales "avanzados" el sindicato es ya quien contrata y vende directamente la fuerza de trabajo, al igual que en los mal llamados "países socialistas" ( de capitalismo de estado, en realidad). Así la clase obrera se ve sometida al yugo sindical necesariamente; su patrón es realmente el sindicato. Los no sindicados, los rebeldes, son marginados por el sistema.

Por eso es posible que en EEUU, Suecia Japón, Alemania etc. los sindicatos sean una auténtica potencia económica y que como tal participen de los beneficios que el sistema obtiene con la explotación de la clase obrera.

¡ He ahí el futuro único e insoslayable de lo que hoy pretenden vendernos como "organizaciones obreras" !.

Así pues, frente a esta nueva convocatoria de elecciones sindicales, nuestra primera respuesta ha de ser la de no participar : la ABSTENCION.

Pero como clase obrera no podemos conformarnos con una actitud pasiva.

Hemos de propagar el carácter capitalista y contrarrevolucionario del sindicato denunciando sus auténticos propósitos y los medios de que se vale para lograrlos.

Es realmente importante que el máximo número de trabajadores seamos capaces de comprender la verdadera función social del sindicato y denunciar su carácter contrarrevolucionario.

Frente al sindicato hemos de oponer una vez más la organización de los trabajadores en lucha por nuestros objetivos inmediatos: comités elegidos en asambleas, controlados por ellas y revocables en cualquier momento. Es decir una organización que a través de la defensa de estos objetivos inmediatos se encamine ya a la defensa de los objetivos finales del conjunto de la clase : abolición del capital e implantación del comunismo. En este camino, con este fin, la lucha contra el sindicalismo, por contrarrevolucionario, es un primer paso importante e inevitable.

F.O.R.

17 de Octubre de 1986

## VIVA LA REVOLUCIÓN ESPAÑOLA !

*Decidimos publicar el artículo que se leerá a continuación porque aunque haya sido escrito en 1965, las ideas y la visión histórica global del movimiento obrero en España siguen siendo sin duda alguna las que continuamos defendiendo los militantes de Fomento Obrero Revolucionario. El movimiento obrero en España, a la cumbre del cual se hallan las insurrecciones de 1934 en Asturias, de Julio 36 en el país entero, y la de mayo 1937 en Barcelona ha sido vencido, pero el capita-*





lismo tuvo que utilizar todas sus fuerzas para aplastar la magnífica combatividad y abnegación de un proletariado que aspiraba irremediabilmente a dejar de serlo.

La revolución en España fue aplastada en la época directamente por el gobierno anti-comunista de Moscú, lo cual le dará la victoria al asqueroso Franco Bahamonte, con la complicidad manifiesta de las organizaciones en las cuales el proletariado había depositado su confianza (CNT, FAI, POUM). El aplastamiento sigue hoy a través de las mentiras descaradas vinculadas por todos los que la boca llena de las palabras socialismo, comunismo, anarquismo, trotskismo tienen todavía a la clase obrera aferrada al capitalismo en España y mundialmente (stalinistas, trotskistas, sindicalistas principalmente).

Queremos saludar a todos los proletarios de España y del mundo que dieron su vida, no por la victoria de la democracia en detrimento de los filofascistas franquistas como nos lo quieren hacer tragar los falsarios, sino que dieron su vida por su emancipación y la del conjunto de la humanidad. Queremos recordar a nuestros compañeros proletarios asesinados vilmente por la racalla stalinista al servicio de la política de Moscú, pilar de la contrarrevolución en España y en el mundo. Pero eso no son meras frases. En ellas van todo nuestro odio al capitalismo mundial y sus representantes, diganse de derechas, de izquierda, pro-chinos, pro-moscú, pro-americanos, nacionalistas, islamistas o lo que quieran. La revolución social los hará amigos a todos sin excepción.

Antes de la caída del régimen de Franco e inmediatamente después, el proletariado manifestó claramente el renacer de su combatividad de clase intentando organizarse por y para ella (Victoria, Alicante y demás huelgas...) Pero en su camino se encontró, sin experiencia política casi, con los mismos partidos y sindicatos que aplastaron o contribuyeron a aplastar la revolución en España. Estos partidos y sindicatos siguen siendo y serán nuestros enemigos. Sin enfrentarse a ellos, la clase trabajadora, por muy decidida que sea en sus huelgas será siempre vencida, lo cual le impedirá afirmar su unión creciente contra la explotación capitalista.

La clase proletaria es históricamente la clase revolucionaria. Hoy el potencial revolucionario es enorme, y las posibilidades de la sociedad comunista están más que dadas. Tenemos que reanudar con nuestra lucha verdadera, la que se enfrenta a las condiciones materiales de existencia que nos impone el sistema mundial del capital, la que prepara el momento de acabar con este sistema putrefacto.

Que sepan nuestros enemigos que los sabemos reconocer por mucho que se escondan detrás de una fraseología que han usurpado al movimiento obrero y que han prostituido para quitarle toda su fuerza subversiva originaria.

Nosotros nos solidarizamos y combatimos con los proletarios que las fuerzas capitalistas reprimen como por ejemplo con los 123 deportados del barco "buenos ayres" en Guinea a consecuencia del levantamiento espontáneo del Llobregat en 1932. Deportación votada en el parlamento de la república por los "socialistas". Los padres de los que gobiernan democráticamente a España hoy en día.

Nosotros nos solidarizamos y combatimos con los que supieron denunciar la política contrarrevolucionaria del PSUC-P"CE en España (amigos de Durruti, Grupo Bolchevique leninista), y no con los que se dejaron, por miedo a la revolución social, dominar por él (CNT-POUM). Estamos con los valiosos combatientes revolucionarios de mayo 1937 que se enfrentaron al Estado capitalista reconstituido.

Cualquier movimiento un poco serio de la clase trabajadora hace temblar a los representantes del capitalismo mundial. Tenemos que ser conscientes de nuestra fuerza como clase. Tenemos que emprender la lucha que supo llevar nuestra clase en el pasado. Y esta vez triunfaremos porque desde el principio aniquilaremos a los que pretenden ser nuestros amigos y que han dado pruebas sobradas de formar parte del sistema mundial que nos proponemos derrumbar.

¡A LA LUCHA!

## ENTRE DOS ANIVERSARIOS

14 ABRIL 1931 - 19 JULIO 1936

Hoy que está preparándose en todos los coventículos y mentideros políticos "la sucesión de Franco", sin contar para nada con las contradicciones y exigencias históricas de la sociedad mundial, ni tan siquiera con la historia inmediata del proletariado español, es pertinente recordar el período que va desde la



proclamación de la república, hasta la insurrección obrera contra la cuartelada franquista. La nueva generación, que en general ignora aquellos sucesos salvo falsificados por Franco y también por aquellos que le dieron la victoria, descubrirá en su significación los factores ideológicos y la inspiración orgánica requeridos para llevar esta vez la lucha hasta su culminación.

A primera vista, el 14 de abril de 1931 fué un simple éxito electoral de los republicanos frente a los monárquicos. Alfonso XIII, que poco antes habíase visto forzado a poner fin a 7 años de dictadura del general Primo de Rivera (padre del fascista de igual nombre), hubo de consentir también elecciones municipales. Las había exigido toda la oposición a la monarquía, como condición de veracidad de futuras elecciones a Asamblea Constituyente. Tactica en sí atinada, pues los municipios impuestos por Madrid desde 1923, podían influenciar y desnaturalizar la votación a diputados. Todas las esperanzas fueron rebasadas. Aun antes de terminar el escrutinio en todo el país, la muerte de la monarquía era evidente. Al rey zuelo responsable de numerosos latrocinios y crímenes, el gobierno provisional republicano-socialista le puso galante ante puente de plata y la República fué proclamada en medio de un júbilo verbenero preñado de promesas. La aparente insignificancia del hecho ocultaba la apertura de un grandioso proceso revolucionario.

Los admiradores del parlamentarismo burgués no tardaron en ponerse a ensalzar el acontecimiento como "una admirable muestra de civismo en medio de la ley y del orden". Era un "ejemplo de España al mundo, una revolución incruenta" y otras h'oquedades. En realidad España seguía siendo, incluso en lo político, más atrasada que las monarquías constitucionales de Occidente, pues la República no llevó consigo el menor cambio de estructuras en ese dominio, ni en el económico. El país entero esperaba, sí, transformaciones profundas, y contaba obtenerlas de la República, pero enseguida la Asamblea constituyente fué cercenando sus esperanzas, lo que introdujo un cambio radical: la idea de revolución social se habría camino en las consciencias y no tardaría en verse que la república se negaba a satisfacerla.

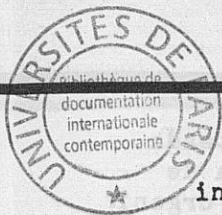
La victoria electoral sobre la monarquía había sido, de hecho, obra de las masas trabajadoras, cuya unanimidad anti-monárquica forzó el voto de la pequeña burguesía. Los republicanos aparecían en primer plano de la actividad política, pero sólo porque socialistas y anarcosindicalistas, las dos organizaciones más influyentes entre los trabajadores, decidieron, la una achicarse ante los republicanos, la otra votar sus candidatos sin presentarse ella a la campaña electoral. Ahora bien, los diversos partidos republicanos sólo representaban una pequeña parte de la población, con exclusión casi absoluta de población obrera. El gobierno republicano fué una imagen de la coalición así constituida. La jefatura gubernamental fué abandonada a Alcalá Zamora, terrateniente, varias veces ministro de la monarquía, para como beato, a quien meses después los socialistas decidieron sentar en la Presidencia de la República.

Las bases orgánicas de la monarquía continuaron intocadas: ejército, el de la monarquía, policía y Guardia Civil, las de la monarquía, magistratura y leyes, igual, clero subvencionado como bajo la monarquía. Y pronto el gobierno republicano-socialista echaría mano de la censura de prensa, la supresión de publicaciones y la clausura de locales obreros.

En cuanto a las bases económicas, la estructura social propiamente dicha, republicanos y socialistas habían prometido modificarla sólo en un aspecto, el agrario. Su aspiración, contrariamente a las ilusiones que las masas se habían hecho sobre ellos, consistía en favorecer el desenvolvimiento capitalista, y creían conseguirlo también en el campo incorporando los latifundios, repartidos entre numerosos y nuevos propietarios burgueses, al moderno cultivo capitalista. No comprendían que latifundistas y gran burguesía constituían, no dos clases, sino una sola cuyos intereses estaban enlazados de mil maneras. El capital cuyo auge les preocupaba, no les consentiría modificar la propiedad latifundaria sino en la medida en que fuese para él un negocio. Por ende, lo que salió de las Cortes constituyentes como Ley de Reforma Agraria era una befa para todos los pobres del campo, sin hablar aquí de la no validez revolucionaria de semejante medida, aun siendo efectiva.

La lucha viva iba a demostrar, cuando los trabajadores en general tuvieron las armas y el poder en escala local si no nacional, es decir, en 1936, que la única solución revolucionaria a tal problema no era la parcelación de la tierra en pequeña propiedad burguesa, sino su socialización. En suma, el problema del campo era idéntico al problema industrial. Precisábase acabar con el capitalismo, y todo otro intento de desarrollo, logrado o fracasado, era ya empresa reaccionaria.





De ahí que entre el gobierno republicano socialista y el proletariado, el industrial y el agrícola indistintamente, campesinos pobres comprendidos, se estableciese enseguida una relación de lucha. No es necesario hacer aquí inventario de los numerosos casos en que policía, guardia civil y ejército dispararon contra los trabajadores, encarcelaron a revolucionarios y los asesinaron algunas veces aplicándoles la criminal "ley de fugas" de los peores tiempos monárquicos. Lo que importa destacar como distintivo del primer período de la República, es el choque general entre los deseos y necesidades revolucionarias de las masas, siquiera confusamente percibidas, y las intenciones nada revolucionarias del gobierno, muy netas éstas. La República que éste imponía y la república a que aspiraban las masas eran radicalmente contrapuestas.

Dos años después del 14 de abril, la mayoría abrumadora de los trabajadores tenía la convicción, a su costa adquirida, de que el nuevo gobierno no era el suyo. Siempre al abrirse un período revolucionario, la ignorancia y la inexperiencia políticas induce las masas a creer en hombres y organizaciones de palabreo democrático o que han dejado de ser revolucionarios mucho tiempo antes. Ello hace imposible el triunfo de los oprimidos sin un desplazamiento a izquierda de sus simpatías y filiación, hacia partidos minoritarios al principio de la crisis, pero en verdad revolucionarios. En el momento actual aun más que en el período anterior, los revolucionarios no pueden ser sino una organización pequeña, hasta vísperas mismo de la revolución. Se comprende, porque en el instante mismo en que un partido revolucionario se convierte en el partido del proletariado, el triunfo de éste sobre el capitalismo está asegurado, a menos que el capitalismo lo reduzca otra vez a minaría, terror mediante. A la inversa, ningún partido de masas puede existir hoy con cierta permanencia dentro de la sociedad capitalista, sin ser en realidad, de una forma u otra, parte integrante de ella. A falta de canales orgánicos nuevos que consientan el desplazamiento, resultará imposible pasar a la etapa suprema de la lucha. Entonces se produce invariablemente un crecimiento y una ofensiva de las tendencias reaccionarias viejas y nuevas.

No otro fué el resultado de dos años de gobierno republicano-socialista. Desde mediados de 1933, la ofensiva pertenecía a la reacción burguesa clerical y militarista, a cuya cabeza figuraba Gil Robles. Ese hombre que al barruntarse hoy una nueva acometida revolucionaria toma la iniciativa frailuna llamada "democracia" cristiana, es el mismo que entonces se hacía llamar "El 2 EFE", -- "caudillo" antes que Franco-- e iba a tomar consejo a Berlín. El y los suyos no han cambiado, sino apenas de procedimientos de protección del capitalismo. Pero el hecho de que ahora colaboren con él tantos hombres y organismos de la emigración y de la clandestinidad, da bien la medida de la evolución reaccionaria del mundo desde el decenio 30 hasta ahora.

En 1933, el proletariado español tenía una experiencia positiva. No estaba, ni mucho menos, vencido; sino apático sólo, carente de cohesión ideológica siquiera mediocre, y por ende sólo momentáneamente desmoralizado. Su descorazonamiento era de la república democrático-burguesa, no de la entrevista por él, cuya necesidad, por el contrario, había evidenciado la experiencia. Apenas columbró la posibilidad de luchar por ésta última, o sea, por la república anti-capitalista, un sobresalto de entusiasmo lo puso de nuevo en disposición de combate. Y el gobierno derechista instalado en noviembre de 1933 halló en frente una clase trabajadora alerta y con objetivos superiores. El triunfo de la revolución social parecía a muchos tan cierto como cercano.

Ese habría sido ciertamente el caso, si el desplazamiento a izquierda de las masas no hubiese adolecido de grave defecto original. El centro propulso de la nueva lucha era un "ala izquierda" del Partido socialista. Determinadas circunstancias políticas nacionales e internacionales, resumidas en la amenaza de supresión del sistema parlamentario, forzaron ese ala a pronunciarse en favor de una revolución proletaria que en realidad no se proponía hacer, ni sabía cómo hacer, tan de antiguo estaba adaptada su organización y la mente de sus principales portavoces, a la sociedad burguesa. Presentándose como dirección revolucionaria, la izquierda socialista arrastró a las masas, y en lo inmediato creó su evolución posible hacia otro centro orgánico apto y realmente interesado en la toma del poder y de la economía por el proletariado. Por consecuencia, la nueva ofensiva, enderezada en teoría, y para el proletariado en la práctica, a la supresión del sistema capitalista, democrático o no, se parecería pronto a una locomotora eléctrica lanzada adelante por vía montañosa, a la cual el maquinista cortase la electricidad cada vez que se acercaba a la cumbre.

Hubo sí, magníficos movimientos huelguísticos, reivindicativos, netamente políticos o de solidaridad con huelguistas de determinadas ciudades, pero una



huelga general de trabajadores del campo fué declarada indeseable y boicoteada por la izquierda socialista (no digamos por la derecha) lo que dejó fuera de combate a la mayoría del proletariado agrícola. Se constituyeron también organismos de unidad de acción o Alianzas Obreras, entre los socialistas y otras organizaciones situadas muy a su izquierda: Partido sindicalista, Federación Tabacquera e Izquierda Comunista, pero quedaron reducidos a comités de enlace que Partido socialista y UGT paralizaban a voluntad, gracias a su peso orgánico mayoritario. La anunciada toma del poder por el proletariado requería la creación de organismos adecuados de representación, necesitándose por lo tanto que el proletariado eligiese y destituyese cuando le conviniese sus delegados en las Alianzas Obreras. Pero a los socialistas tal idea les aterraba, no sólo porque podían perder la mayoría en las Alianzas, sino porque al llegar el momento insurreccional no estarían ellos en condiciones de reducirlo a mera algarada.

El momento insurreccional, un partido revolucionario no lo deduce de manejos políticos en las alturas capitalistas, ni de plan alguno conspirativo. En el acontecimiento ha de irrumpir en lucha armada la masa de la población explotada, y por consecuencia su oportunidad la señala la mayor disposición combativa de esa misma masa, simultánea a un debilitamiento acentuado del poder enemigo. El momento insurreccional es, salvo como decisión a tomar (y aun eso no siempre) independiente de la dirección revolucionaria, que por el contrario desempeña papel decisivo en las luchas anteriores que han de propiciar la aparición de aquel.

A la inversa, la izquierda socialista hacía creer en una misteriosa conjuración suya, al mismo tiempo que supeditaba el momento insurreccional —creyendo sin duda prevenirlo así— a la entrada en el Gobierno de ministros de Gil Robles. Los ministros en cuestión fueron incorporados al gobierno, y las masas, fiadas en la palabra de la izquierda socialista, se echaron a la calle. Pero en el instante mismo, la dirección de la izquierda socialista les cortó la energía dando la consigna de "huelga general pacífica". Y no hubo insurrección sino allí donde los trabajadores disponían por su cuenta de dinamita y de algunas armas, en Asturias y en algunos lugares de Cataluña donde los anarquistas la tomaron a su cargo. Octubre de 1934 demostró, una vez más, que una organización reformista es incompatible con la insurrección proletaria, por mucho que se jacte de prepararla.

Perdida esa batalla, padeciendo una represión tremenda (30.000 presos políticos quedaban a principios de 1936) los trabajadores españoles habrán adquirido, sin embargo, una nueva experiencia de superior valor político, cuya trascendencia se veía a partir del 19 de Julio de 1936. Lejos de seguir identificando sus aspiraciones confusamente con la república en general, sin determinación de clase, desde 1934 aparece como Norte deliberado en las conciencias, la república proletaria, el fin del capitalismo. Esa meta estaba en las exigencias históricas del proletariado mundial, del cual el español constituía uno de sus sectores más activos, no habiendo aparecido oscurecida antes, sino por las gafas aumadas del parlamentarismo socialista, que el borroso apoliticismo ácrata era inapto a arrancar. El miedo a la supresión de la democracia burguesa debido al triunfo del fascismo, reciente en Alemania y Austria, amenazante en Francia, Bélgica y España, instalado desde hacía años en Italia, suscitó entre ciertos reformistas de todos los países un estremecimiento radicalizante meramente defensivo, sin relación profunda con las ideas revolucionarias. Pero en España sobretodo, las masas aprendieron, al precio de una fuerte sangría, es verdad, que debían y podían dar cuenta de la explotación y de la opresión capitalistas. La universidad revolucionaria de los explotados es la lucha.

El espíritu revolucionario caló tan hondo en las masas obreras de la ciudad y del campo, que a despecho de los soporíferos que les fueron prodigados su explosión siguiente iba a desvencijar por completo el capitalismo.

La represión del gobierno Beroux-Gil Robles no impidió que la insurrección, aún limitada a Asturias y a algunos otros puntos, ejerciese poderosa fascinación en todo el país y se convirtiese en efecto de un nuevo ataque revolucionario. El desplazamiento a izquierda de las masas había sido tan solo retenido por la derrota de Octubre, pero continuaba tan presto a manifestarse, que él impidió que el poder cayese por entero en manos de los filofascistas, o que estabilizara siquiera la combinación de éstos con los republicanos "históricos", que Leroux presidía. La caída de tal gobierno y la disolución de su parlamento no se hizo esperar mucho más de un año.

Entretanto, como era previsible, prodújose el reafomodo de la izquierda socialista a su tradicional parlamentarismo burgués. Pero esa vuelta al redil hu-



biese sido ya, para la revolución, más beneficiosa que perjudicial, de no haber hallado aval y refuerzo en la organización que usurpa el prestigio de la revolución rusa, el Partido comunista. Si éste había sido incapaz de desempeñar papel positivo alguno, debíase a que lo dirigían funcionarios de quita y pon, sin otra preocupación real que ganar los favores de Moscú, y eso en el momento mismo en que Moscú, habiendo hecho tabla rasa de la revolución de 1917, asesinaba metódicamente a los supervivientes de ella. En el área internacional, ese acontecimiento reaccionario entre todos los del siglo XX se manifestó imponiendo Moscú a todos sus partidos la única política que convenía en adelante al capitalismo de Estado stalinista: política de guerra imperialista, diametralmente opuesta a la política de revolución proletaria. Por eso el Frente Popular fué acogido con los brazos abiertos por reformistas, burgueses y toda suerte de patriotas.

La aviesa operación vino a sacar del atolladero a la izquierda socialista. Los "comunistas" se revelaban más burgueses y parlamentarios que ella. En su nuevo aspecto, más concordante con la realidad que su anterior máscara pseudo-revolucionaria, iban a desempeñar en España el mismo papel que Stalin en Rusia, si bien el beneficiario inmediato de su obra sería Franco.

Pese al funesto augurio de la tramoya frentepopulista, las masas, henchidas de dinamismo y de su experiencia anterior, sólo en apariencia se dejaron encuadrar en el pacto enteramente capitalista del Frente Popular. Votaron las candidaturas de éste para desembarazarse de la situación existente y libertar a los 30.000 presos políticos, pero hicieron caso omiso del programa tan pronto pasaron a la acción. A seguidas de las elecciones de febrero de 1936, en todo el país se multiplicaron las agresiones a la propiedad capitalista y a sus fuerzas armadas, su defensa principal en momentos de crisis revolucionaria. Tan amenazante era la situación para la milenaria sociedad de los poseyentes, que la propia reacción filofascista se puso al amparo del Frente Popular como factor de orden.

Al mismo tiempo, las instituciones principales del capitalismo: ejército, policía, clero, alta burocracia estatal y judicial, se aprestaban, a cobijo de la legalidad frentepopulista, a imponer ellos mismos su orden a las masas. Consideraron llegado el momento oportuno en julio de 1936, si bien desde meses antes se burlaban del gobierno sin que éste se atreviese a levantarles la mano.

El 17 y el 18 de julio, el ejército salió a la calle creyendo dominar fácilmente la situación. Informado del principio de la militarada, el gobierno declaraba: "Se ha frustrado un nuevo intento insurreccional... El gobierno declara que el movimiento está circunscrito a determinadas ciudades de la zona del Protectorado, y que nadie, absolutamente nadie, se ha sumado en la Península a este absurdo empeño".

Evidentemente, era más importante que la sublevación reaccionaria, para el gobierno, impedir que las masas corriesen a las armas y se enfrentasen por sí mismas a los militares. Respaldando ese imperativo de toda dirección política no revolucionaria, y para que nadie tuviese dudas sobre la unidad de criterio entre el Frente Popular y su gobierno, un comunicado conjunto de los partidos "comunista" y "socialista", añadía: "El gobierno manda, el Frente Popular obedece". Si ejército y clero no triunfaron inmediatamente, como ellos daban por descontado, no se debió ciertamente, al gobierno del Frente Popular.

En más de una ocasión, el proletariado había frustrado amagos de golpes de Estado, el último en febrero del mismo 36, ya firmado por el presidente de la República el decreto de proclamación del estado de guerra. Aunque reprimido duramente por el gobierno desde febrero a julio y atacado por bandas fascistas, su ardor combativo seguía intacto, y la militarada lo puso en trance insurreccional. La actitud conciliante y capituladora del Frente Popular había exasperado a tal punto al proletariado, que se disponían a la luchar armada no sólo las organizaciones mas al margen de la coalición, sino también la mayoría de los obreros encuadrados por socialistas y stalinistas. Inútilmente se colgó la Pasiónaria a la estación emisora de radio tildando de provocadores a quienes acometían por sí mismos el combate armado contra los militares. Una tentativa de incorporar al gobierno algunos generales franquistas, desencadenó una explosión de las masas, que pasaron a la insurrección abortida, nulificando toda posibilidad de conciliación.

El 19 de Julio de 1936, el fragor del combate entre las masas trabajadoras y el ejército con sus curas y sus fascistas, retumbaba en todo el país. Y el ejército nacional, mortífera, suprema representación del Estado capitalista, fué derrotado y deshecho en batalla. Tan sólo quedó en pie en escasos sitios,



Conde los representantes gubernamentales consiguieron impedir que el proletariado cogiese un mínimo de armas. La fecha ha quedado inscrita entre las más ejemplares del proletariado mundial.

El 26 de julio de 1936, el lucero del alba rutilaba con resplandor nuevo. Fusil al hombro, el proletariado entraba en posesión de la economía y del poder político, nuncio de una nueva sociedad, sin clases ni opresión. Miles de Comités-Gobierno laboraban celularmente en la transformación revolucionaria.

Para impedirles completar su obra, se concitó la reacción mundial de Polo a Polo, por encima de rivalidades nacional-imperialistas. Una parte de ella apoyó directamente al ejército, mientras la otra incitaba el Frente Popular a reconstituir las fuerzas represivas del capitalismo desbaratadas por la insurrección proletaria. Las armas rusas vinieron a crear, antes que nada, una fuerza de policía a azuzar contra el proletariado, al mismo tiempo que el petróleo, vendido a Musso~~l~~ini, abastecía aviones y tanques de Franco. Cuando el Frente Popular y su principal partido entonces, el de Moscú, se vieron más y mejor armados que las masas trabajadoras, emprendieron campaña por la reconciliación con generales y fascistas, para persuadir a los cuales lanzaron estas consignas: "Quienes expropián son ladrones; las milicias obreras son tribus de salvajes; quienes hablan de revolución socialista son provocadores", más otras por el estilo y aún peores.

En esa campaña, que al fin consiguió reconstituir el Estado capitalista, está la causa principal de la victoria de Franco. Más la reconstitución requirió el consentimiento, siquiera a regañadientes, del ~~anarcosindicalismo~~ y <sup>de</sup> POUM.

Jamás ha habido en la historia de España ímpetu creador tan vasto y digno del Hombre como el que condujo al desbarate del ejército nacional y demás instituciones del capitalismo. León Trotzky decía pocos meses antes de su asesinato por los mismos que entregaron el poder a Franco: "El proletariado español ha derrochado energía para hacer la revolución, no una sino varias veces, y para extenderla a Europa".

"Lo que le ha faltado, --comenté yo-- es percatarse de que los hombres de Moscú no representan ya la revolución de 1917, sino la contrarrevolución". Precizando más, tampoco le faltó eso, sino organización que se guiase por tal idea con plena consecuencia. En efecto, a partir de la sublevación de Cataluña (mayo 1937) contra el gobierno y sus reaccionarios inspiradores rusos y pro-rusos, decir stalinista o fascista era todo uno para obreros y revolucionarios.

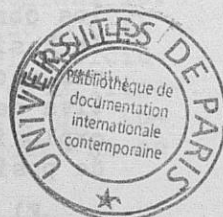
Entre el 14 de abril de 1931 y el 19 de Julio de 1936, el decurso de los acontecimientos puede resumirse así: de un simple voto contra la monarquía a la revolución proletaria, de la candorosa inexperiencia a la consciencia de la necesidad histórica.

La caída del régimen inaugurará un nuevo ciclo revolucionario, ya en gestación en los movimientos huelguísticos. Otra vez, las masas tenderán fuertemente a tomar la dirección de poder y de economía, a emprender la revolución comunista. Pero se atraviesan de nuevo en su camino los mismos partidos de ayer, y se atravesarán otros de apariencia nueva. Los unos se esforzarán en imponer el capitalismo estatal apellidándolo democracia popular o socialismo, los otros un capitalismo frailuno pseudo-democrático. Ello no será obstáculo para que, caso de dominar éstos últimos, los primeros colaboren con ellos según el ejemplo italiano, y a la inversa según el ejemplo polaco. El Vaticano y su conclio se están encargando de facilitar esos arreglos.

Tanto y más que en el período de 1931-1937, la victoria de la revolución requiera la agrupación del proletariado en un partido radicalmente opuesto a aquellas tentativas y que haya sacado todas las conclusiones de la experiencia española y mundial. De tal partido, Fomento Obrero Revolucionario es ya un exponente teórico.

Mayo 1965

G. Munis



**Para correspondencia escribid al apartado  
5355 - Barcelona**